

se embriagó con su elocuencia y soñó gobernar un imperio con discursos. Si hubiera tenido la cualidad principal del hombre de Estado, el arte de descubrir las verdaderas necesidades de su tiempo, habría puesto sus bellas facultades al servicio de las nuevas ideas y ayudado á César á hacer una reforma pacífica, que hubiera revenido la sangrienta revolución del segundo triunvirato; pero con César, no hubiera ocupado sino el segundo lugar y él quería en todo el lugar primero.

Su correspondencia revela enojosos defectos, una vanidad femenil (1), la habilidad de los comprometidos y una movilidad de impresiones que le hace pasar en algunos días de un sentimiento á otro contrario (2); pero ¿qué hombre visto como él, por decirlo así, á la luz y en el secreto de los más íntimos sentimientos, conservaría esa reputación de austera gravedad, que no es á veces más que la máscara de un hábil intrigante?

En fin, si no creó nada, á lo menos su maravillosa facilidad para apropiarse las ideas ajenas, puso en circulación un número infinito de grandes y bellos pensamientos, que hubiéramos perdido, y que reunidos en sus obras han hecho de él uno de los preceptores del género humano.

Cuando se preciaba de haber arrancado á la Grecia decadente su gloria filosófica, se engañaba lastimosamente. La civilización griega se había inclinado al Oriente; Cicerón concentró sus dispersos rayos, si así puedo expresarme, y los dirigió al Occidente bárbaro, para el cual no había hecho nada la Grecia (3). Después de todo ¿qué nos importa que no sea más que un eco, si este eco sonoro ha hecho oír al mundo entero palabras que sin él hubieran sido inútiles?

En moral religiosa, la idea de la unidad y de la Providencia divina, de la inmortalidad del alma (4), de la libertad y de la responsabilidad humanas, de las penas y recompensas reservadas á otra vida.

En moral política, la idea de la ciudad universal cuyo primer lazo debe ser la caridad, el perfeccionamiento de nuestra especie, la necesidad para todos de trabajar para el progreso general, y la imperiosa obligación de fundar lo útil sobre lo honesto, el derecho sobre la equidad, la soberanía sobre la justicia, es decir la ley civil sobre la ley natural, revelada por el mismo Dios, puesto que la grabó en el corazón de todos los hombres (5).

Tales son algunas de las nobles creencias, que la magia de su estilo ha popularizado. Verdaderamente, nada de esto está rigurosamente demostrado, ni enlazado en cuerpo de doctrina; es el esfuerzo de un alma bien dispuesta, que buscando por todas partes lo que eleva y consuela, llega á las verdades de la religión natural, y no el laborioso y paciente trabajo del filósofo, que construye un sistema en que todo se encadena y coordina. Mas para hablar al corazón, á dicha ¿se necesita tanta lógica?

De buen grado diré con Quintiliano: «Se moraliza y perfecciona uno tratando á Cicerón» (6); y como Dante, que la posteridad conservará siempre su nombre:

*De cui la fama ancor nel mondo dura
E durerá, quanto 'l mondo lontana.*

En estas sangrientas saturnales del segundo triunvirato, Octavio, á pesar de sus pocos años, hubo de mostrar extrema crueldad; y como él era el más inteligente de los tres, sobre él recae la más pesada parte de responsabilidad. Sobre todo el asesinato del hombre á quien había llamado padre, que había asegurado sus primeros pasos y hecho votar sus primeros honores, echa sobre su nombre una mancha, que no se borrará con todo el esplendor del reinado de Augusto. La mancha de sangre queda siempre en la mano de quien la ha derramado, y todos los perfumes de la Arabia son ineficaces para borrarla.

CAPÍTULO LX

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO HASTA LA DEPOSICION DE LEPIDO (43-36)

I. — PREPARATIVOS DE LOS TRIUNVIROS Y DE LOS ASESINOS.

En los días de los asesinatos, Lépido y Planco, cónsules designados, hubieron de promulgar un edicto, que so pena de proscripción, ordenaba festejar alegremente la renovación del año; y aun tuvieron el valor de celebrar cada uno un triunfo por insignificantes victorias en España y en Galia. Jugando los soldados con el doble sentido de la palabra *germanus*, que significa hermano y germano, cantaban detrás del carro triunfal: «No de los galos, sino de sus hermanos, triunfan nuestros cónsules.» Los dos, en efecto, ha-

(1) La prueba está donde quiera en su correspondencia. Véase la carta á Luceyo á quien invita á escribir la historia de su famoso consulado «concediendo algo más á la amistad que á la verdad.»

(2) A fines de octubre Catón es su carísimo amigo; á primeros de noviembre hace de él un hombre casi indigno. Séneca ha dicho: *In Cicerone constantia desideratur* (Suasor. II, 12).

(3) El mismo dice en su oración *pro Archia* (10): Lo que está escrito en griego se lee en todas partes; el latín no sale de su territorio, que es bastante limitado.

(4) Sobre la vida futura y el gobierno del mundo por la Providencia tiene más que dudas en sus *tratados*; no las tiene en sus *discursos*, y sus discursos son los que se leen.

bían entregado un hermano á los asesinos. Los soldados se sentían necesarios, y no creían que los jefes, sufriendo su indisciplina, pagaran demasiado caro el poder que ellos les habían dado. Apenas dejaron vender los bienes de los proscritos: uno quería una quinta, otro tierras; este tomaba la casa, aquel el dinero y los esclavos; y hasta hubo algunos que se hicieron adoptar forzosamente por ricos ciudadanos para venir á ser sus herederos: otros menos pacientes, y más decididos, mataban al rico, proscribo ó no proscribo, y se apoderaban de sus bienes.

Y gracias todavía, gracias si se contentaban con saquear las casas. Toda la ciudad temblaba ante aquella soldadesca reclutada entre bandidos, gladiadores y esclavos escapados

(5) Se ha dicho que Cicerón era uno de los representantes de aquel cristianismo anterior que con tanta frecuencia se ha señalado y cuyo apóstol fué Platón. Erasmo, en efecto, está dispuesto á pedir su canonización; no duda... *quin illud pectus, unde ista prodierunt aliqua divinitas occupavit* (Le Clerc, *Œuvres de Ciceron*, t. XXVIII, p. 7). Petrarca había ya dicho lo mismo (Mezieres, *Pétrar.* p. 345, 414, 416). Sobre el conjunto de las ideas morales de Cicerón, véase el sapientísimo capítulo de M. Havet, el *Cristianismo y sus orígenes*, t. II, p. 110-142, cap. II.

(6) Inst. X, 1: *Ille se profecisse sciat cui Cicero valde placebit.*

de sus prisiones. Uno de los cónsules fué, sin embargo, bastante enérgico para crucificar á algunos de aquellos esclavos legionarios.

Fuera de este ruido de la soldadesca, un silencio de muerte reinaba al rededor de los tres dueños de Roma: las mujeres se atrevieron á romperlo. Para llenar la caja militar que necesitaba 800 millones de sestercios habían impuesto una pesada contribución á mil cuatrocientas matronas de las más ricas de Roma. Conducidas por Hortensia, la hija del orador, se dirigieron al Foro y se abrieron paso hasta el tribunal de los triunviros. Hortensia tomó la palabra por todas y se expresó en estos términos:

«Antes de presentarnos ante vosotros, *triumviri rei publicæ constituenda*, hemos solicitado en vano la intervención de Fulvia, y su negativa nos ha obligado á venir aquí. Ya nos habéis arrebatado á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestros hermanos, á nuestros esposos. ¿Qué más queréis? Arrebatarnos nuestros bienes sería reducirnos á una condición que no conviene á nuestro nacimiento, ni á nuestros hábitos, ni á nuestro sexo; es extender á nosotras también la proscripción. Pero ¿hemos levantado acaso nosotras soldados contra vosotros, ó solicitado cargos públicos? ¿Os disputamos nosotras ese poder por el cual combatís vosotros? En tiempo de Aníbal llevaron al tesoro público aquellas nobilísimas matronas, sus joyas, sus alhajas, sus adornos; que vengan en son de guerra los galos ó los partos, y no se encontrará en nosotras menos patriotismo. Pero no nos pidáis que contribuyamos á esta guerra fratricida que desgarrará la república: ni Mario, ni Cinna, ni Sila en su tiranía se atrevieron á tanto (1).»

Los triunviros quisieron hacer que se expulsara del Foro á Hortensia y á su séquito; pero conmovido el pueblo, se había interesado por ellas, y hubieron de ceder por consejo de prudencia. El día siguiente apareció un edicto, que reducía á cuatrocientas el número de matronas contribuyentes.

Los adversarios políticos de los triunviros habían pagado con la vida su oposición al nuevo orden de cosas; el resto del pueblo pagó con parte de sus haberes su cobarde sumisión. Todos los habitantes de Roma y de Italia, ciudadanos ó extranjeros, sacerdotes ó libertos, como poseyeran más de 100,000 dracmas, *prestaron* la décima de sus bienes y *dieron* su renta de un año.

No hay que decir que ni las leyes ni las magistraturas fueron más respetadas que la vida y la propiedad. «Cambian los magistrados, dice un antiguo, abolían las leyes, y hacían otras á su voluntad; de modo que el reinado de César parecía la edad de oro (2).» Cuando ahitos de sangre y de rapiñas, anunciaron los triunviros que habían terminado las proscripciones, les concedió el senado coronas cívicas como á los salvadores de la patria. Octavio que había sido el más cruel, hubo de reservarse algunos asesinatos, declarando que no había castigado á todos los culpables.

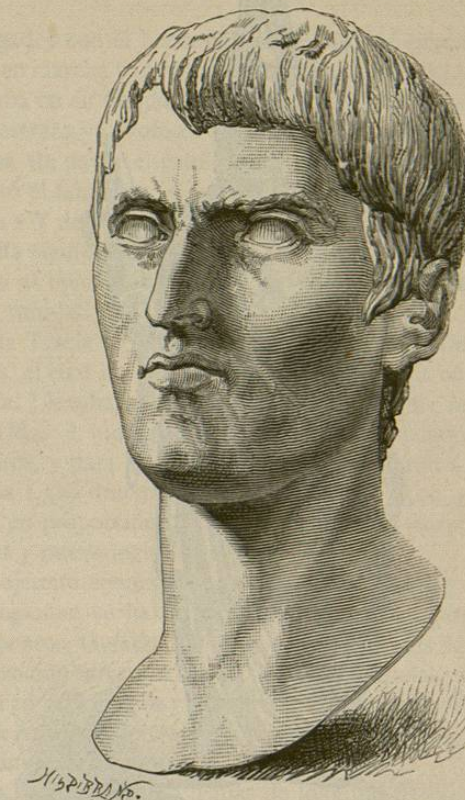
La última disposición de los triunviros en aquel terrible año fué un acto de devoción, un decreto para erigir un templo á Sérapis y á Isis. Era una concesión poco costosa hecha al pueblo, y la continuación, en otro terreno, de la guerra á los magnates. El pueblo ínfimo buscaba nuevos dioses, y con mucha razón, porque desde un siglo atrás las antiguas divinidades eran sordas á sus ruegos. Pero el senado odia-

(1) Apiano, *Bell. civ.* IV, 32. Esta oración de Hortensia, como tantas otras de la antigüedad, no es probablemente auténtica; sin embargo Quintiliano asegura haberla leído (I, 1, 6).

(2) Dion, XLVII, 15.

ba estas supersticiones extranjeras, que no podía dirigir, según los intereses de su política, como dirigía las supersticiones nacionales: el año 58 quiso expulsar á Isis del templo de Júpiter Capitolino, pero el pueblo se opuso á esta grande impiedad; el 53, en tiempo de la reacción oligárquica, apareció otro decreto que ordenaba la destrucción de todos los edículos de la diosa egipcia y prohibía su culto hasta en el interior de las casas: el mismo César renovó más tarde esta prohibición. Mantener la pureza de la fe romana era el menor cuidado de los triunviros; pero Isis gustaba al pueblo y se la daban para tenerlo de su parte.

El primero de enero del 42, Lépido y Planco tomaron posesión del consulado, y renovaron el juramento de ob-



Lépido (3)

servar las leyes y los actos de César, consagrando á su memoria grandes honores, fiestas, templos, una completa apotheosis. Como se le declaraba dios, se le asignó un flamín con un colegio de sacerdotes julianos, y se establecieron sacrificios públicos. Se prohibió llevar se imagen á los funerales de sus deudos, puesto que había pasado de su familia terrena á la del mismo Júpiter; se reconoció el derecho de asilo al *heroon*, ó edículo que se erigió en el sitio en que se quemó su cuerpo, y todos los ciudadanos debían celebrar el aniversario de su nacimiento. El hombre de la plebe que faltaba á este deber era consagrado á Júpiter y á César, es decir inmolado en el templo de estos dioses; el senador y el hijo de senador satisfacían con una multa de 250,000 dracmas. Es el principio de la extraña legislación que en tiempos del imperio estableció tan grande diferencia penal entre el *honestior* y el *humilior*. Pero se ofreció una dificultad: la fiesta de Apolo caía en el mismo día que la de César, y un oráculo sibilino prescribía honrar solo al hijo de Latona. Con esto se consintió en que cediera el nuevo dios y no se prevaleciera de su reciente divinidad con-

(3) Busto del Museo de Parma, publicado por la *Gaceta arqueológica*, 1879, p. 9.

tra la antigua: en su virtud, la fiesta de César se celebró la víspera de los Juegos Apolinarios.

Los triunviros dispusieron de todos los cargos para los años siguientes, y luego Octavio pasó á Reggio y Antonio á Brindis, donde la flota sólo esperaba viento favorable para conducir el ejército á la Grecia. Sitio, gobernador de la Numidia, acababa de vencer y matar á Cornificio que mandaba en nombre del senado la antigua provincia de Africa; y todo el Occidente, excepto Sicilia, donde Sexto Pompeyo se había establecido, obedecía á los triunviros.

Después de una inútil tentativa del joven César contra Sexto, pasaron el mar de Jonia, sin ser molestados por la



Isis (1)

flota republicana, fuerte de ciento treinta grandes navíos á las órdenes de Murco y Domicio Ahenobarbo.

César no había hecho más que atravesar el Oriente, principal teatro de la gloria de Pompeyo. El nombre de este jefe era respetado allí todavía; y como los asesinos del dictador pasaban por haber vengado en él la muerte de su rival, habían encontrado seguro asilo en aquellas provincias, animadas por otra parte de un espíritu muy distinto que las de Occidente.

Al salir de Italia, se había dirigido Bruto á Atenas, donde al principio sólo parecía ocupado en oír las lecciones del académico Teomnestes y del peripatético Crátipo; sin embargo, trabajaba por atraerse á los jóvenes romanos residentes en esta ciudad distribuyendo entre ellos los grados militares sin tener en cuenta sus servicios ni su edad: Ho-

(1) Hermoso bronce de Herculano; esta estatua reúne los atributos de la Fortuna con los de la diosa Isis.

racio tenía veinte años apenas y lo nombró tribuno legionario. Y en cuanto se supo que tenía bandera de enganche, los restos de las legiones pompeyanas, que se quedaron en Grecia después de la derrota de Farsalia, acudieron á su alrededor. Un cuestor que llevaba á Roma el impuesto del Asia, se dejó conquistar y le entregó 500,000 dracmas, que ayudaron á sus negociaciones con las tropas; quinientos jinetes que Cinna conducía á Dolabela en Asia, se pasaron también á su bando, y el joven Cicerón levantó por su cuenta toda una legión y se la llevó. Finalmente, en Demetriada encontró inmensos depósitos de armas, reunidas por César para su expedición contra los partos.

El plebiscito que le había quitado su gobierno de Macedonia era ilegal, toda vez que se habían ratificado los actos del dictador. El procónsul Q. Hortensio lo reconoció por sucesor legítimo y le entregó el mando; decisión que le daba una vasta provincia y un ejército enfrente de Italia. Antonio había encargado á su hermano Cayo disputarles la Grecia á los republicanos reuniendo sus tropas con las que mandaba Vatino en la Iliria, y Bruto, á fin de impedir esta reunión, marchó sobre Dirraquio y arrastró á los soldados de Vatino. En Apolonia, no era ya Cayo Antonio dueño de los suyos: en la primera acción perdió tres cohortes; en la segunda fué derrotado y hecho prisionero por el joven Cicerón, que le dió muerte luego por orden de Bruto en represalias del asesinato de Décimo inmolido por Antonio (43). Una expedición contra los besos sometió también la Tracia al general republicano, á quien proclamaron *imperator* sus legiones. Desde el Euxino hasta el Adriático, todo le obedecía; y allí reunió también diez y seis mil talentos.

No se crea tampoco que existiera en aquellos países un entusiasta amor á la república. Los atenienses que lo habían perdido todo, menos su facundia, celebraban en prosa y en verso el acto de los tiranidas, y erigían á Bruto y á Casio estatuas de bronce al lado de las de Harmodios y Aristogitón; pero los demás griegos, menos amantes de retórica y más hechos á la obediencia, se sometían á las órdenes de Bruto, porque veían en él al representante legal del gobierno romano. Luego, la nueva guerra civil acabaría sin duda con proscripciones, que permitirían el pillaje, y con larguezas á los vencedores. Si cada soldado de los triunviros había sido ricamente recompensado por una semi-victoria ¿cuánto no recibirían los de Bruto por un triunfo que salvara su cabeza y su partido?

Así, pues, los aventureros de todos los países al Este del Adriático acudían al rededor de los estandartes de los tiranidas, como á la otra orilla tomaban partido por los vengadores de César. Excepto para los jefes y sus amigos políticos, el botín lo era todo, y la causa nada.

Casio había vuelto también á su gobierno de Siria, donde había dejado desde la expedición de Craso, muy honorables recuerdos, y todas las tropas se pasaron á su lado. El colega de Antonio, Dolabela, llegó casi al mismo tiempo á su provincia de Asia, donde sus emisarios sorprendieron á Trebonio, uno de los asesinos de César. Trebonio solicitó que lo condujeran á presencia del procónsul. «Que vaya donde quiera, contestó Dolabela, en dejando antes la cabeza.» Se le dió tortura por espacio de dos días, y su cabeza sirvió de juguete al populacho de Esmirna hasta que no quedaron de ella más que horribles despojos.

Pero Dolabela no pudo sostener esta primera ventaja: sitiado en Laodicea de Siria, ordenó á un soldado de su cohorte pretoriana que le cortara la cabeza. Cuando estas noticias llegaron á Roma, había ya propuesto Cicerón que se pusiera á su yerno fuera de la ley, y provocó el voto de un

senadoconsulto, que confirmó á Bruto y á Casio en sus gobiernos, puso á sus órdenes todas las tropas diseminadas en el mar Jonio y el Eufrates, con el derecho de tomar el dinero necesario y llamar á sí el contingente de los reyes aliados. Al anunciarles estos decretos, los apremiaba á volver á Italia para dispensar al senado de recurrir al peligroso apoyo de Octavio. Pero ni el uno ni el otro tenían esa decisión que dobla las fuerzas. En un tiempo de revolución, en que la opinión tanto ayuda al éxito, en que es menester audacia y siempre audacia, querían ellos hacer una guerra metódica, detenerse en todas las ciudades, no dejar á la espalda sombra siquiera de resistencia.

En lugar de responder al llamamiento de Cicerón, dirigale Bruto sarcasmos sobre su prudencia y sus relaciones con Octavio, y dudaba de su valor y de su previsión. Pero mientras escribía así á Marco Tulio, y bellas sentencias estoicas á Atico, marchaban los acontecimientos, y la noticia de la formación del triunvirato, de las proscripciones y de la muerte de Cicerón, encontró á Bruto camino de Asia con su ejército, y á Casio en marcha hacia Egipto para castigar á Cleopatra por los auxilios suministrados á Dolabela.

Entonces comprendieron la necesidad de reunirse. En la entrevista de Esmirna, todavía hizo prevalecer Casio la opinión de esperar en Oriente al enemigo y ocupar las tropas en reducir á los pueblos que se resistían: eran estos los licios, los rodios y los capadocios. Compartieron el dinero que Casio había reunido á fuerza de exacciones y se separaron.

Bruto entró en Licia, donde no encontró resistencia, á no ser en la ciudad de Janto: antes que entregarse, incendiaron sus casas los jantienses y se arrojaron á las llamas con sus mujeres y sus hijos, quedando sólo de toda la población ciento cincuenta individuos. Espantada Patara, entregó lo que tenía en oro y plata acuñada ó en barras; y el que ocultaba algo de sus riquezas tenía pena de la vida.

Por su parte Casio atacó á Rodas, cuyos habitantes invocaron su título de aliados del pueblo romano. «Prestando apoyo á Dolabela, les contestó, habéis roto ese tratado.» Venció su flota en dos batallas, tomó la ciudad y la entregó al pillaje. Le rogaron los habitantes que les dejara á lo menos las estatuas de sus dioses. Dejaré el Sol, les dijo. Algunos se consolaron, considerando estas palabras como un presagio involuntario, pero cierto, de una muerte próxima. Casio mandó decapitar cincuenta de los principales habitantes, y se llevó de la isla 8,500 talentos. Ya en Laodicea había pillado los templos y el tesoro público y pasado al filo de la espada á los más nobles habitantes. En Tarso, que se había aprovechado de estas complicaciones para zanjar una antigua cuestión con Adana, exigió 1,500 talentos.

De vuelta al continente, entró en Capadocia, dando muerte á su rey Ariobarzanes, para apoderarse de sus riquezas, y sometió toda el Asia romana á las más violentas exacciones. La provincia tuvo que pagar de una vez el impuesto de diez años. En Judea hubo de imponer una contribución de 700 talentos, y no recaudando el dinero con la prisa que él quería, á pesar del celo de Herodes, hizo vender á los habitantes de las ciudades.

En su antiguo gobierno de la Cisalpia, había merecido Bruto por su equidad y prudencia la gratitud y estimación de sus habitantes, los cuales hubieron de erigirle una estatua y obtuvieron de Augusto que la dejara en pie. Bruto se esforzaba en suavizar en lo posible los males que arrastraba la guerra.

En Sardes, en una nueva entrevista con Casio, le reprochó con energía su conducta recriminándole que hiciera con

sus violencias detestable su causa. «Más hubiera valido, decía, dejar vivir á César. Si se desentendía de las injusticias de los suyos, á lo menos él por sí no despojaba á nadie.»

Pero tenían el ejército más numeroso que nunca hubiera enviado Roma á un campo de batalla; y era preciso alimentarlo, pagarlo bien y retener á los soldados y oficiales cediendo á todos sus apetitos y codicias: de manera que los últimos jefes de la república, parecían haber tomado á empeño probar á los pueblos, víctimas de pasiones de que no participaban, la necesidad de un gobierno capaz de asegurar la más preciosa de todas las libertades, la del hogar, de los bienes y de la vida.

II. — DOBLE BATALLA DE FILIPOS.

Cargados con el botín del Asia, los dos ejércitos se pusieron en marcha para volver á Europa. Una noche que Bruto velaba en su tienda, se ofreció á su vista un espectro de forma extraña y pavorosa. «¿Quién eres, hombre ó dios? dijo sin cosa de pavor el estoico general.— Soy tu genio malo, contestó el fantasma, y me verás otra vez en las llanuras de Filipos.» Y desapareció.

El día siguiente habló Bruto de esta visión de su turbado espíritu al epicúreo Casio, el cual le explicó, como Lucrecio, la vanidad de los sueños y apariciones.

En la Tracia se les juntó un jefe del país, llamado Rascúporis, el cual los condujo por el camino más corto á Macedonia. Llevaban ochenta mil peones y veinte mil jinetes, tan ávidos é indisciplinados como los soldados de los triunviros, y para animarlos al combate, dieron á cada uno de ellos 1,500 dracmas, á los centuriones 7,500, y á los tribunos en proporción. Veinte mil auxiliares acaso seguían las diez y nueve legiones.

Un ejército enemigo, mandado por Norbano y fuerte de ocho legiones, se había atrincherado en las gargantas de los Sapenses. Guiados por el tracio Rascúporis flanquearon esta posición salvando impracticables montañas, y Norbano se deslizó retirándose rápidamente hacia Anfipolis, adonde llegaba Antonio; pero abandonaba á sus contrarios la fuerte posición de Filipos.

Una llanura de ocho leguas de longitud de Norte á Sur, y de cuatro de latitud de Este á Oeste, rodeada por tres lados de montañas que coronan majestuosos bosques, formaba un circo inmenso, que la naturaleza misma parecía haber preparado para una sangrienta arena. Los antiguos llamaban á este paraje la puerta de Europa y de Asia, porque era el mejor paso de uno á otro continente, y los griegos habían colocado allí la poética leyenda de Proserpina robada por Plutón, cuando estaba cogiendo flores en aquella fertilísima llanura. Allí pues acampaban el último ejército de la república y los primeros soldados del imperio.

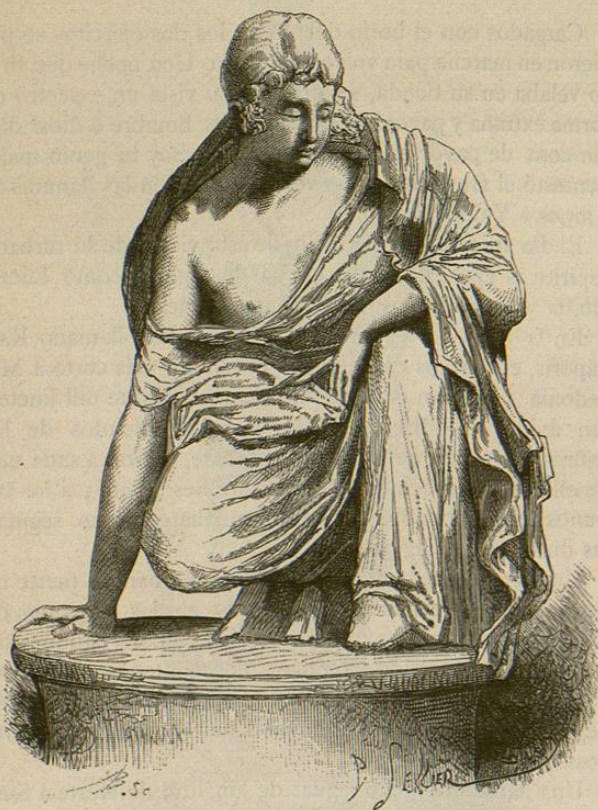
Los republicanos tenían una posición formidable. Dueños de la plaza fuerte de Filipos, situada en un promontorio de rocas en medio de la llanura, se habían establecido por delante de ella, á uno y otro lado de la vía Egnacia: Bruto en la falda del Panaghirdagh, y Casio en dos colinas inmediatas al mar, á fin de permanecer en comunicación con la flota, estacionada á su espalda, en Neapolis, y con sus almacenes establecidos en la isla de Tasos. Una trinchera corría entre los campamentos que daban al Oeste, por donde llegaba el ejército triunviral, y el río Gangas cubría el frente de banderas. Pero este río era vadeable por todas partes, y aquella trinchera de 270 metros no debía ser difícil de cortar por un enemigo audaz y emprendedor.

Antonio se había situado delante de Casio, y Octavio á su izquierda en frente de Bruto. Los dos ejércitos eran igua-

les *plus minusve*: si los republicanos eran más fuertes en caballería, sus legionarios no valían por los triunvirales, veteranos casi todos. Pero tenían una flota poderosa que impedía á los cesaristas los socorros por mar.

Así, amenazado Antonio por el hambre, quería apresurar con sus votos el momento de la batalla, que Casio, por la razón contraria, quería diferir. Ganoso de salir de inquietudes y de terminar la guerra civil, de que se quejaban sus auxiliares asiáticos, Bruto opinó en el consejo por el combate inmediato y arrastró á la mayoría.

Con esto hicieron en los dos campos las lustraciones ordinarias la víspera de una batalla para conciliarse el favor de los dioses, y se esperó el momento decisivo. Antonio se aseguró eligiendo bien su punto de ataque; y maniobró



Proserpina cogiendo flores (1)

con la intención de cortar al enemigo dejándolo separado de su flota: por el Sud pues se empeñó la batalla.

Octavio estaba aún enfermo, de tal manera que no tenía fuerzas para llevar encima sus armas, ni aun siquiera para tenerse en pie. Abandonó, sin embargo, su campamento y fué á colocarse entre las líneas de sus legionarios. Más tarde se decía que Minerva le había enviado esta inspiración, que la más vulgar prudencia aconsejaba: en aquella jornada decisiva, los soldados necesitaban ver á su jefe, muerto ó vivo, en medio de ellos. Un teniente de Bruto, Mesala, rebasó el ala izquierda de los cesaristas en impetuoso ataque y llegó hasta su campamento, donde fué acribillado de dardos la litera de Octavio, que había quedado allí desocupada. Muy luego cundió la voz de su muerte y Bruto creyó ganada la victoria. Pero en el ala derecha, Antonio había forzado las líneas enemigas y tomado su campamento.

El polvo que cubría la llanura y la extensión de la línea de batalla impedían seguir los incidentes de la acción. Refugiado Casio en una altura inmediata, con algunos de los suyos, vió luego que un cuerpo de caballería se dirigía hacia

(1) Barro de la Cirenaica. Gabinete de Francia (*Gaceta arqueológica*, 1876, p. 8).

él, y por no caer vivo en manos de sus contrarios, hizo que un liberto le diera muerte. ¡Y era Bruto, que, vencedor, acudía en su socorro! Los aduladores del nuevo poder dijeron luego que en el momento supremo el espanto había poseído el alma del escéptico epicúreo, el cual había creído ver á César cubierto con su manto de púrpura y el semblante amenazador lanzar su caballo sobre él. «Yo te había dado muerte sin embargo», exclamó Casio desviando la vista. Y sojuzgado por la venganza del dios, él mismo ofreció su garganta á la espada.

Al ver Bruto su cadáver lloró sobre él y lo llamó el último romano. Por su fiera virtud él mismo merecía mejor este elogio.

Quintilio Varo, á quien César hubo de encontrar dos veces en las filas enemigas y otras dos veces perdonó, se hizo degollar también como Casio por un liberto. Labeón, uno de los asesinos, cavó en su tienda un hoyo de la longitud de su cuerpo y ofreció el cuello á su esclavo. Al ver á Casio muerto, Titinio, su íntimo amigo, se dió también la muerte. Fué una epidemia de suicidio, que se explica por la certeza de la suerte que los triunviros reservaban á sus enemigos.

El día de esta primera batalla de Filipos, Domicio Calvino, que traía de Italia á los triunviros un convoy de tropas considerable, fué batido por la flota de Bruto. La mar les estaba siempre cerrada; el hambre era inminente y las lluvias de otoño hacían su posición en las tierras bajas y fangosas, apenas sostenible. Delante de ellos un enemigo aun poderoso, pero detrás un enemigo más terrible, el hambre. Era preciso acabar, dar el golpe decisivo.

Antonio buscaba con empeño la ocasión, pero los republicanos la rehuyeron por espacio de veinte días. A pesar de una nueva gratificación de mil dracmas á sus soldados (2) y la promesa de abandonarles al pillaje Esparta y Tesalónica, veía Bruto que el desaliento se introducía en sus filas. Los tracios de Rascuporis abandonaron el campamento; los galos de Deyotaro se pasaron á los triunviros, que lanzaban á sus líneas cédulas en que se hacían promesas á los desertores; y Bruto temió que los soldados que habían servido á las órdenes de César se fueran con su hijo adoptivo. A fin de contener estas tendencias Bruto ofreció la batalla.

Esta vez el joven César rechazó al enemigo que se le había opuesto hasta su mismo campamento, mientras Antonio, vencedor también, envolvía las legiones del ala izquierda y las derrotaba. Su mismo jefe hubiera caído en manos de los jinetes tracios, á no ser por el ardid y abnegación de su amigo Lucilio, que les gritó diciendo: «¡Yo, yo soy Bruto!» y se hizo conducir á presencia de Antonio, que admiró su sacrificio.

Entre tanto, subió Bruto á una altura, donde se detuvo para consumir lo que él llamaba su liberación. Estratón, su maestro de retórica, le tendió una espada, desviando los ojos, y Bruto se precipitó sobre su punta con tal y tanto ímpetu que se pasó de parte á parte y murió instantáneamente.

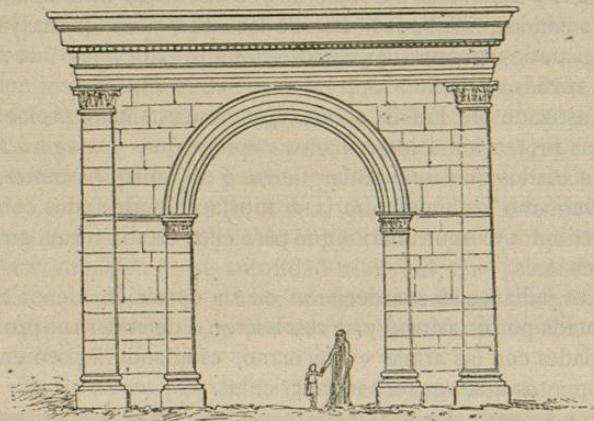
La imaginación popular hubo de añadir circunstancias dramáticas á los últimos momentos del jefe republicano. El fantasma que había visto en Abidos, se le apareció otra vez, según su promesa, la noche que precedió á la batalla pasando á su vista triste y silencioso. Según otros, se le escaparon en la hora suprema palabras de cólera y amarga decepción. «¡Oh virtud! no eres más que una palabra!»

(2) Los triunviros, por su parte, dieron el día siguiente de la batalla 500 dracmas á cada soldado, 2,500 á los centuriones y 5,000 á los tribunos. Apuntamos estos datos para mostrar por qué se combatía.

Catón, cuya vida fué sencilla y recta, había muerto con más serenidad, leyendo un tratado sobre la inmortalidad del alma: Bruto moría renegando de la libertad, de la filosofía y hasta de la virtud. Justo castigo del soñador que había pasado su vida y atravesado el tiempo sin verlo; del meditativo que, creyendo detener con una puñalada una revolución en marcha desde un siglo atrás, no había hecho más que desencadenar espantosas calamidades sobre su patria! Los republicanos hicieron de él su segundo mártir, y en verdad no merecía este honor.

Algunos amigos de Bruto se dieron muerte á su lado; otros, como el hijo de Catón y el de Lúculo, perecieron en la batalla. El primero se había batido bizarramente, dando su nombre á los cesaristas para atraer sobre sí mayor número de enemigos y vender cara su vida; y bien cara la vendió.

Hortensio, el hijo del grande orador, había caído prisionero: por orden de Bruto, como ya dijimos, había dado muerte á Cayo Antonio, prisionero suyo, en represalias de las proscripciones. Antonio lo mandó degollar sobre la tum-



Arco conmemorativo de la batalla de Filipos (1)

ba de su hermano. Este triunviro mostró, sin embargo, alguna templanza queriendo dar á Bruto honorable sepultura. Octavio hizo decapitar su cadáver y llevar su cabeza á Roma, á los pies de la estatua de César (2); no tuvo piedad para con sus prisioneros y asistió friamente á los suplicios. Un padre y su hijo imploraban el perdón el uno para el otro, y echó suertes sobre sus vidas. Otro le pidió siquiera la piedad de una sepultura. «Eso, contestó el joven caudillo, eso toca á los buitres.»

Sin embargo, acogió á Valerio Mesala, á pesar de su amistad con Bruto, y le permitió más de una vez que elogiara la virtud del jefe republicano.

(1) Heuzey, *Misión de Macedonia*, p. 2. Octavio estableció en Filipos una colonia de veteranos tomados de la cohorte pretoriana de los triunviros, *Colonia Julia Augusta victrix Philippensium*. Estos veteranos ó sus primeros descendientes levantaron á dos kilómetros de la ciudad en la vía *Egnacia* y en medio del campo de batalla, un arco triunfal notable por la sencillez de su arquitectura. Las monedas de esta colonia tienen por leyenda: *Cohor. pra. Phil.* Nótese que las inscripciones encontradas por Heuzey en esta región muestran que el cuidado de los sepulcros estaba confiado á las cofradías de Baco, el gran dios de la Tracia.

(2) Según Dion (XLVII, 49), la cabeza de Bruto no llegó á Roma, sino que se cayó al mar á los embates de una violenta tempestad. Porcia, mujer de Bruto, al saber la muerte de su esposo, quiso también acabar con su vida; pero vigilada de cerca por sus deudos, no pudo realizar su fatal proyecto, sino tragándose carbones encendidos (Apiano, *Bell. civ. IV*, 136). Pero Plutarco (*Brut.* 53) dice haber leído una carta de Bruto, en que reconocía á los suyos de haber abandonado á su mujer hasta el punto de que se dejara ella morir para librarse de una dolorosa enfermedad. Otra heroica leyenda que debe suprimirse.

Más de catorce mil hombres hubieron de entregarse á los vencedores; los demás habían sucumbido ó iban en fuga. Algunos de los fugitivos pudieron llegar á Sicilia; y toda la flota, reunida á las órdenes de Domicio Ahenobarbo, vino á incorporarse á la armada de Sexto Pompeyo (otoño del 42) (3).

Si la venganza es un placer de los dioses, César debía estar satisfecho: desde lo alto del Olimpo, adonde se le había hecho subir, había visto cómo en el espacio de tres años habían caído todos los héroes de los idus de marzo, ahora en las proscripciones, ahora en las batallas, ó bien heridos por su propia mano con la espada que habían teñido en su sangre.

III.—NUEVA REPARTICIÓN DEL MUNDO ROMANO. ANTONIO Y CLEOPATRA. — GUERRA DE PERUSA (41-40).

Los dos vencedores hicieron entre sí una nueva repartición del imperio: Octavio tomó España y Numidia, y Antonio la Galia Cabelluda y el Africa. La Cisalpina, tan cercana de Roma, debía dejar de ser provincia. En cuanto á Lépido, quedaba excluido de la repartición, por suponersele en inteligencia con Sexto Pompeyo; después se le dió el Africa. Hecha la repartición de los jefes, quedaba la de los soldados, los cuales esperaban que se les pagara bien la victoria. Se les había prometido á cada uno un lote de tierra y 5,000 dracmas, unos 4,500 francos, y eran ciento setenta mil, sin contar la caballería. Los triunviros no tenían ya nada; pero la riqueza del Asia parecía inagotable. Antonio, pues, se encargó de buscar en este rico país buena parte de los 200,000 talentos necesarios; y Octavio, aun delicado de salud, tomó sobre sí el cargo, en apariencia más ingrato, de despojar á los habitantes de Italia para distribuir sus tierras entre los veteranos.

Mientras se dirigía á Roma, adonde iba á ganar seguramente las tropas dándoles lo que Antonio se contentaba con prometerles, éste cruzaba la Grecia, asistía á sus juegos, á sus fiestas, á las lecciones de los retóricos, mereciendo con esta condescendencia á sus gustos y aficiones el título de amigo de los griegos.

Pero en Asia, en medio de aquellas voluptuosas ciudades, el guerrero hubo de entregarse á los deleites. En aquella tierra de la molición y de los placeres, renunciaban los romanos á aquel resto de pudor que conservaban en Roma. Antonio se rodeó de tañedores de flauta, farsantes y bailarinas. En Efeso entró precedido de mujeres vestidas de bacantes y de mancebos disfrazados de sátiros y faunos. Y él mismo tomaba los atributos y desempeñaba su papel en continuas orgías.

Para subvenir á tales profusiones, oprimía horriblemente á los pueblos. Desde las exacciones y pillajes de Casio quedaba muy poco oro en los templos y en los tesoros de las ciudades; pero Antonio despojaba ya á los particulares. Sus aduladores obtenían fácilmente la herencia de un hombre vivo; por un buen manjar, daba á su cocinero la casa

(3) Suetonio, *Octav.* 13; Dion XLVII, 49; Apiano, *Bell. civ. IV*, 131. Según M. Heuzey, que en su *Misión arqueológica á Macedonia*, encontró el campo de batalla de Filipos, Antonio hubo de forzar el atrincheramiento entre las dos colinas de *Madjiar-tepe* y *Kutchuk-tepe*, mientras Casio se ocupaba en fortificar sus líneas demasiado extensas; luego se apoderó de su campo y rechazó su ejército en desorden, en dirección de Filipos. Después de la muerte de Casio, fué Bruto á acampar á *Madjiar-tepe* para conservar sus comunicaciones con el mar. Pero Antonio sorprendió el *Kutchuk-tepe* y estableció allí cuatro legiones. Heuzey cree que después de la segunda batalla, se retiró Bruto á la falda del monte *Karadchidagh*, en uno de cuyos valles se dió la muerte.